

gogas y mezquitas se alzaron de nuevo los eurítmicos templos á Venus.

.....
 Quinientos siglos después de la catástrofe del cielo cristiano encontró un sacerdote del nuevo Partenón, entre unas excavaciones, un libro en cuya tapa había grabado una cruz de acero y en una de cuyas primeras páginas decía:

—Dios te salve María, llena eres de gracia, el señor es contigo, y bendita eres tú entre todas las mujeres....

Repitió una y diez veces la lectura y no comprendió lo que en ella se quería expresar.

—Debe ser una invocación á Venus—exclamó indeciso.

Pero un viejo sabio, una especie de filósofo cínico que sabía todo lo que era inútil saber y al cual enseñó la

enigmática página, después de mucho hojear y remirar el libro y después de mucho cavilar expuso su opinión:

—No es una invocación á Venus. Allá en mi lejana infancia le oí decir á mi bisabuela que á la bisabuela de su bisabuelo le había referido un sabio sacerdote de Pá-las que antes de que existieran nuestros Dioses los hombres estaban en estado de barbarie, y adoraban á un Dios que al mismo tiempo era hombre, y adoraban también á la madre de este Dios, la cual no era diosa pero no obstante de ser madre era virgen. Esta mujer se llamaba María y el Dios, hombre se llamaba Kreiston....

El sacerdote de Venus por toda respuesta soltó una carcajada de incredulidad y exclamó alejándose:

—¡Pobre Dyonisos! Has bebido mucho!

CLEMENTE PALMA.

ÍNTIMA

Cuando nací, la guerra
 llegaba hasta la sierra
 más alta de mi tierra
 y al poner de repente
 mi pié dentro de un charco de sangre, el charco hirviendo
 con una de sus gotas me salpicó la frente.

Me arrulló la armonía
 de la trompetería,
 de la que es sólo un eco toda mi poesía;
 y como fueron años de pólvora y fragor
 los de mi infancia, el beso de mi madre era flor
 de púrpura, y su abrazo serpiente de dolor....

Yo no jugué de niño; por eso siempre escondo
 ardores que, estímulo con paternal cariño.
 Nadie comprende, nadie, lo viejo que en el fondo
 tiene que ser un hombre que no jugó de niño. ...

Recuerdo que á su lado
 mi madre me tenía,
 aquel siniestro día
 en que escuché espantado
 sonar el destemplado
 clarín del vencedor,
 —¡Escúchalo!—decía
 mi madre. Y lo escuchaba, lo escucho todavía,
 lo escucharé hasta cuando resuene otro mayor.
 Por eso hoy que me inspira
 ese recuerdo henchido de la más santa ira,
 los nervios de mi madre son cuerdas de mi lira....

Después, mis dieciocho años corrieron como río
 sinfónico por entre cañaveral bravío
 Bebí en el tosco vaso de las revoluciones,
 me retorcí entre hierros, erré por las prisiones;
 y yo que no fui niño, me decidí á ser hombre.
 Antes de tiempo supe del calabozo obscuro
 y el pan amargo y duro:
 pero dejé mi nombre
 escrito en letras rojas sobre la cal del muro....

Cuando alcancé una sola sonrisa de la suerte,
 fuí al trópico. Ví tanta naturaleza fuerte
 que mis ojos ya hechos á esas grandes visiones,
 las devuelven ahora dentro de mis canciones.
 Tal es cómo mi verso finje una ceiba enhiesta
 á cuyo pie dictaron cien caciques sus leyes
 y bajo cuya sombra pueden dormir la siesta
 veinticinco pastores con sus cincuenta bueyes....

Esta es mi breve historia de nave en torbellino.
 Osado peregrino,
 zarpé contra el Destino,
 y en medio del camino,
 sentí un amor que vino
 como caricia suave....
 ¡Mujer: tú fuíste á modo de un pájaro marino
 caído en la desnuda cubierta de mi nave!....

JOSÉ SANTOS CHOCANO.

